

El escándalo freudiano

A casi un siglo del descubrimiento del Inconsciente realizado por Sigmund Freud, podemos preguntarnos ¿qué ha sucedido con lo que a él mismo le gustaba llamar «las escandalosas verdades del Psicoanálisis»?

¿Qué fue de esa ruptura heroica que horadaba la ilusión del ser dueño de sí, amo de su conciencia, demostrando a ese ser que estaba determinado por pensamientos no pensados, es decir, por pensamientos Inconscientes?

¿Qué fue de la caída de la supuesta inocencia del niño, definido por Freud como «perverso polimorfo», que sentaba las bases científicas de la sexualidad infantil (matriz de la sexualidad del adulto)?

¿Qué fue de la demostración freudiana del «carácter paradójico, desviado, errático, descentrado, incluso escandaloso» del deseo humano por el cual se distingue de la necesidad»? ¹.

Sabemos que la emergencia del Inconsciente produce angustia, debido a la extrañeza que comporta, a la incomodidad de eso «ajeno» a nosotros mismos que habita en nosotros mismos. El malestar nos acecha ante lo *Umheimlich* (lo siniestro) que en alemán se forma negando el significante *Heimlich* (lo familiar).

¿Cómo tratamos ese malestar del que, a diferencia de un peligro exterior, no podemos huir y nos toma por sorpresa en lo más hondo de nuestro ser?

Y bien, aunque fallidas, hay muchas maneras de intentar paliar la incomodidad que produce el Inconsciente y podemos decir, la cultura no se ha privado de ello. Desde el desdén puro y simple del «eso es una tontería, no me interesa» con el que normalmente tratamos lo

¹ J. Lacan, 'La significación del falo', en *Escritos*, 13ª ed., vol. II (Ed. Siglo XXI, Buenos Aires 1988) p. 670 (en adelante los textos de Lacan se citarán por esta edición, salvo que se indique otra cosa).

que no entendemos; hasta formas más refinadas de reabsorber el escándalo para la conciencia de revelarse sometida a lo que no sabe.

Estas formas han alcanzado un gran desarrollo en el propio seno del Psicoanálisis instaurándose teorías y prácticas donde volvió a reinar la comodidad frente al hecho incómodo, es decir, reinstaurando el principio del placer, allí donde el reconocimiento del Inconsciente es displacentero.

¿Qué operación psíquica permite la génesis de estas formas de desconocimiento?

Freud la llamó represión y su finalidad es «no querer saber nada de eso».

La nueva traducción castellana de Editorial Amorrortu indica el sentido «esfuerzo de desalojo» para el término freudiano *Verdrängung*. Sugiere que algo surge en un lugar y es preciso conducirlo a otro. Notemos que se trata de un lugar ² y que no podemos indicar fácilmente que se trate de un «alguien», lo que induciría al error de suponer un control o dominio psíquico en el agente de la represión.

La cultura en general y los psicoanalistas post-freudianos en particular realizaron esta operación de «cierre del Inconsciente» y por razones que es preciso dilucidar correctamente. A falta de tomar en consideración para la teoría y la praxis analítica las consecuencias del Inconsciente, se dedicaron a cubrir esa brecha. Es decir, no hicieron otra cosa que fomentar la disposición «natural» del llamado ser humano que se resume justamente en un «no quiero saber nada de eso», disposición a la ignorancia que asegure el reinado del principio del placer y excluya el malestar ante lo que no se entiende, lo extraño, lo altero (aunque sea al precio de los síntomas).

Los psicoanalistas post-freudianos, nos muestran la labor de la represión en la elaboración de doctrinas que, en suma, propugnaban el retorno al redil de la psicología general (vehículo de ideales). Algunos, llevando esta dirección hasta límites que rozan lo cómico como es el caso de prácticas que aseguraban «el reforzamiento del yo», incidiendo en la parte sana, razonable del *ego* que desdice absolutamente lo que Freud propone como formación del yo ³.

2 El *Inconsciente* requiere una ubicación tópica, Freud le llamó *Otra Escena* en homenaje a Fechner (*Die Idee einer anderer Lokalität*).

3 El yo en la teoría freudiana del narcisismo se constituye como entidad fascinada por el efecto libidinal de la imagen del propio cuerpo. En la segunda tópica, el yo es presentado como siervo de las exigencias del super yo y el Ello. Lacan define al yo (*moi*) como función de desconocimiento. Es preciso distinguir el yo (*moi*) imaginario y narcisista del *Ich* freudiano definido como sistema de representaciones, es decir, el sujeto constituido en una red significante.

Otros, degradando el concepto freudiano de pulsión para colocar en su lugar el instinto, o reduciendo el deseo a la necesidad. Con ello conseguían volver a postulados pre-freudianos, a lo «animal» en el hombre. La razón (el *ego*) debía dominar lo instintivo (el Ello). En resumen, la vuelta a la dicotomía alma/cuerpo que indica «aquí no ha pasado nada».

O el caso del famoso Jung, que obviando la advertencia de su maestro «si se retira lo sexual a la libido, corremos el riesgo de caer en el río de fango del ocultismo», propuso una energía psíquica libre que iría ligándose al significado de símbolos arquetípicos, abriendo de esta manera, las puertas a la mística.

A estas formas de desconocimiento, cuya lista sería interminable, responde la enseñanza de Jacques Lacan: «Nuestro retorno a Freud fustiga a todos con el *vacío central* del campo que instaura, y no con menos fuerza a los que lo han practicado. Estos últimos sentirían alivio si pudiesen reducir la consigna a la historia del pensamiento, operación clásica en filosofía y aún a su vocabulario»⁴. ¿De qué *vacío central* se trata?

JACQUES LACAN, EL ESCANDALO RENOVADO

En el año 1953 el prestigioso psiquiatra francés, autor de la última gran tesis sobre la paranoia que se haya escrito⁵ inicia su enseñanza en Psicoanálisis, con la firme proposición de devolver al desconocimiento freudiano su dignidad conceptual y científica.

La puerta de entrada de Lacan al Psicoanálisis le fue dada por su práctica clínica: ningún «corpus» de ningún saber psiquiátrico podría resolver el enigma planteado a la razón científica: ¿cómo alguien puede curarse a través del castigo? Esa paradoja le llevó al texto de Freud donde estaba desplegada la respuesta: el concepto de pulsión de muerte, hasta el momento desconocido en su verdadero alcance, o sencillamente olvidado.

Durante casi treinta años Lacan trabajó incansablemente y hoy podemos decir que gracias a él sabemos leer a Freud, sabemos encontrar la verdad de la experiencia psicoanalítica que él inauguró. «El sentido de un retorno a Freud es un retorno al sentido de Freud y

⁴ J. Lacan, *Reseñas de Enseñanza* (Edit. Hacia el Tercer Encuentro, Buenos Aires 1984) p. 39. El subrayado es nuestro.

⁵ J. Lacan, *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad* (Ed. Siglo XXI, México 1979).

el sentido de lo que dijo Freud puede comunicarse a cualquiera porque, incluso dirigido a todos, cada uno se interesará en él: bastará una palabra para hacerlo sentir, *el descubrimiento de Freud pone en tela de juicio la verdad y no hay nadie a quien la verdad no le incumba personalmente*»⁶.

La verdad del descubrimiento de Freud no se reabsorbe fácilmente en términos de saber. No es fácilmente digerible aunque cada quien puede echar mano de un *freudismo vulgarizado* por el cual el complejo de Edipo es ya un guiñol, la sexualidad infantil no sólo es tolerada sino incluso promovida y el inconsciente una sospecha permanente.

Pero, ... «a una verdad nueva, no es posible contentarse con darle su lugar, pues de lo que se trata es de tomar nuestro lugar en ella. Ella exige que uno se tome la molestia. No se podría lograr simplemente habituándose a ella. Se habitúa no a lo real. A la verdad, se la reprime»⁷.

Esa verdad no se le entregó a Freud fácilmente. Si la inclinación habitual está dada por la represión, los prejuicios y el confort intelectual nos inducen a desconocerla porque plantea dificultades a la razón y al pensamiento. Para acceder a esta verdad de carácter problemático, es preciso operar un franqueamiento. El propio Freud testinonia de ello en su obra, por ejemplo en *Contribución a la historia del Movimiento analítico*, cuando nos habla del necesario abandono de la «teoría de la seducción» como explicación de la génesis de los síntomas histéricos: «Cuando esta etiología se desbarató por su propia *inverosimilitud y por contradecir las circunstancias establecidas con certeza*, el resultado inmediato fue un período de desconcierto total. En análisis había llevado por un camino correcto hasta estos traumas sexuales infantiles y hete aquí que no eran verdaderos. Era perder apoyo en la realidad. En ese momento, con gusto habría dejado yo todo el trabajo en la estacada, como hizo mi ilustre predecesor Breuer⁸ en ocasión de su indeseado descubrimiento. Quizá perseveraré porque no tenía la opción de principiar otra cosa. Y por fin atiné a reflexionar que uno no tiene el derecho de acobardarse cuando sus expectativas no se cumplen, sino que es preciso revisar éstas. Si los histéricos

6 J. Lacan, 'La cosa freudiana', en *Escritos*, e.c., vol. I, p. 388. El subrayado es nuestro.

7 J. Lacan, 'La instancia de la letra en el inconsciente', en *Escritos*, e.c., vol. I, p. 501.

8 Freud se refiere aquí al abandono por parte de Breuer del tratamiento de su paciente Anna O. ante el surgimiento del «amor de transferencia», producido como efecto de lo que Lacan llamará sujeto supuesto saber: «el amor se dirige al saber, al que le supongo el saber, lo amo» (*Seminario XX*).

reconducen sus síntomas a traumas inventados, he aquí precisamente el hecho nuevo, a saber, que ellos fantasean esas escenas y la realidad psíquica pide ser apreciada junto a la realidad práctica»⁹.

He aquí el gran paso llevado a cabo por Freud y que, como vemos, concierne a la verdad de los hechos con los que se encontraba. El quehacer de Freud es cartesiano, dirá Lacan, el término mayor no es verdad sino *certeza*, se trata, de lo que se puede estar seguro en la apreciación de la realidad.

La realidad psíquica que Freud propone como debiendo ser considerada junto a la realidad práctica llevó a algunos a una desviación muy común: la oposición subjetividad/objetividad, el dualismo interno/externo, reduciendo el concepto de fantasía, de realidad psíquica a lo meramente imaginado. Así se sostenía una práctica correlativa de esa concepción como «adaptación a la realidad» para lograr que la supuesta realidad falseada fuera corregida adecuadamente. El ideal pedagógico que de esto se desprende sienta las bases de una ideología de dominio acerca de la cual debemos estar alertas.

No se trata en Freud ni de oposición ni de complementariedad entre realidad psíquica y realidad práctica sino de una profunda interrogación acerca de la verdad de la causa en lo psíquico que hace del ser humano un ser muy poco adaptable, un ser que no aprende de los obstáculos ni del fracaso, un ser que se afianza en la repetición de equivocaciones, decepciones, desengaños e imposibilidades.

El análisis freudiano parte de la interrogación por la causa de los síntomas y se despliega hacia la causa misma del sujeto hasta el momento abandonada a las razones del Destino.

PSICOANÁLISIS Y CIENCIA

Lacan entonces, vuelve a Freud. Destaca la pertinencia de los conceptos freudianos para fundar una praxis en el campo donde los mismos oficiantes se empeñaban en ignorar un hecho sin embargo masivo: que los hechos del campo freudiano son hechos de lenguaje y que es preciso ver en qué consisten, es decir, establecerlos científicamente¹⁰.

9 S. Freud, 'Historia del movimiento psicoanalítico', en *Obras Completas*, vol. XIV (Edit. Amorrortu, 1986) p. 17 (en adelante, las citas de Freud se refieren a esta edición).

10 J. Lacan, 'Breve discurso en la ORTF', en *Intervenciones y textos* (Manantial, Buenos Aires 1988) p. 35.

Ya se trate del acto fallido, el *lapsus*, el sueño, observamos que el proceder de Freud es seguir una huella, es decir, tomar la traza, la marca significativa para detectar un pensamiento ausente, es decir, inconsciente.

Freud está imantado por esos fenómenos de tropiezo, desliz, de corte, de discontinuidad ¹¹. Entre el fenómeno y la causa no hay una relación transparente y directa. A partir de los fenómenos inventa un método para detectar las huellas del pensamiento inconsciente: se revela entonces la estructura de red de los pensamientos inconscientes y la cuestión es cómo se organiza eso. Habrá que esperar el axioma lacaniano «el Inconsciente está estructurado como un lenguaje» para dar su justo alcance a la tópica de Freud.

«Es impensable que el Psicoanálisis como práctica que el Inconsciente el de Freud, como descubrimiento, hubiese tenido lugar antes del nacimiento, en el siglo que se ha llamado siglo del genio, el XVII, de la ciencia» ¹².

Para Lacan, el sujeto, no sólo como agente sino como fundamentalmente determinado por el acto mismo del que se trata, surge con el *cogito* cartesiano. Es necesario entonces y él lo hace una y otra vez, volver sobre el estatuto verdadero del *cogito*, en tanto se trata de un anudamiento entre el ser y el pensamiento en cuyo seno se instala la subversión del sujeto en Freud.

Recordemos que el procedimiento cartesiano, la llamada «duda metódica», pone en cuestión todo el saber, siendo esta búsqueda animada por el *deseo de estar seguro*, es decir, se trata de una búsqueda de certeza que es ejercitada en el seno del pensamiento, del denominado por Lacan registro de lo simbólico o conjunto de los significantes. Allí se corre el riesgo de la infinitización de la duda porque lo propio del significante es presentarse en la articulación, en la remisión de uno a otro, en la metonimia. ¿Cómo se detiene para Descartes ese movimiento presentado en una dimensión patética? ¹³.

Y bien, luego de esa reducción absoluta, del vaciamiento del pensamiento, se produce un franqueamiento en la aseveración del «yo pienso, luego soy».

Este paso reclama nuestra atención.

Ese producto es deducido del camino realizado. Resulta que por el hecho mismo de haber seguido esa argumentación, de haber realizado ese recorrido hace falta que el yo sea. Pero lo que se afirma en

11 J. Lacan, *Seminario XI. Los cuatro conceptos fundamentales* (Ed. Paidós, Buenos Aires 1989) p. 33.

12 J. Lacan, 'La ciencia y la verdad', en *Escritos*, e.c., vol. II, p. 835.

13 J. Lacan, *Seminario «La lógica del fantasma»*. Inédito.

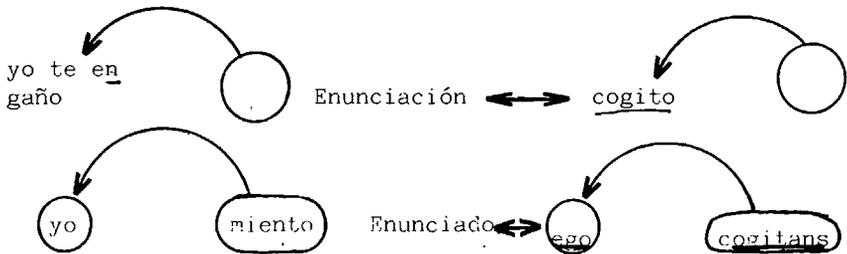
realidad es el ser del yo como yo del discurso ¹⁴, no el ser del *ego*, no el sujeto psicológico sino el sujeto puntual y evanescente, localizable en el hecho de la enunciación misma. Con esta misma aseveración el problema del ser como tal queda excluido.

La cuestión del ser como proceso de argumentación, de pensamiento, implica al Otro y de ahí no puede obtenerse ninguna certidumbre.

Cada vez que hablo supongo al Otro, instauro la dimensión del Otro como tal, como lugar virtual al que me dirijo y donde se plantea la cuestión de la verdad. En el momento de la certeza, en el momento en que Descartes pasa a la escritura, excluye la dimensión del Otro como tal. Es interesante observar la manera en que Descartes retoma, en un momento posterior, al Otro como lugar de la verdad. Pero en el acto de escribir su *cogito* se constituye como un rechazo del Otro cuya decadencia, cuya caducidad se comprueba en el hecho mismo de hablar o pensar y que podemos escribir con Lacan *A* ¹⁵. Cada vez que hablamos desplegamos esta dimensión del Otro pero a la vez comprobamos su precariedad. No es por razones de ignorancia sino de estructura por lo que la verdad se presenta en el registro de lo discutible, de lo que no puede ser seguro.

Descartes entonces, franquea esa indeterminación y propone su «pienso, luego soy». Pero «esa certeza no es un momento que pueda considerarse una conquista, una vez que ha sido franqueado. Cada quien debe repetirlo de nuevo. Es un ascetismo. Es un punto de

14 «El yo (*JE*) que enuncia, el yo (*JE*) de la enunciación no es el mismo que el yo (*JE*) del enunciado, es decir, el *shifter* que lo designa en el enunciado». Lacan distingue estos dos planos en su gráfico de subversión del Sujeto. En su *Seminario XI* trata conjuntamente la supuesta paradoja del yo miento y el *cogito* al situarlos en una división de esos dos registros, la enunciación y el enunciado de la siguiente manera



El resultado de esta diferencia fundamental es la que sitúa la división del sujeto es la verdad de la significación engendrada.

15 En el álgebra lacaniana *A* (*Autre* —Otro en francés—). *A* y *A* remiten al Otro completo y barrado respectivamente.

orientación cuyo filo, que es lo que le da su valor, es particularmente difícil de mantener. Es propiamente hablando, la instauración de algo separado»¹⁶.

El error de Descartes dirá Lacan, es considerar eso un saber y no sólo un efecto de verdad, un punto de desvanecimiento¹⁷. Esto le conduce, en un segundo momento, a reinstaurar el lugar del Otro donde se vuelvan a unir saber y verdad, que antes se habían colocado en disyunción.

Lacan considera ese paso como uno de los más extraordinarios pases de esgrima de la historia del pensamiento: para Descartes, Dios, el Otro supuesto saber no puede engañarnos, dos y dos son cuatro es una verdad porque así lo quiere Dios, es asunto suyo.

El «pienso, luego existo» le permitirá a Lacan ordenar las relaciones del saber y la verdad como causa en su texto *La ciencia y la verdad, cogito ergo sum*: Subrayemos el *ergo* que es un *ergo* de consecuencia y que pone de relieve que nada habla sino apoyándose en la *causa*.

Tomando el *cogito* en esa perspectiva, es decir, planteándolo en términos de implicación material «si... entonces, necesariamente» aparece efectivamente la conjunción, el *ergo* como consecuencia, como *ergo* de necesidad y se desliza hacia la función de la causa: el pensar tiene como consecuencia el ser, o el ser está «causado» por el pensamiento.

Pero, dirá Lacan, se produce una curiosa caída de la función de la causa indicada en el «ergo» hacia el «ego» que se transforma en solidario del Otro, es decir, Dios. Mediante esa operación deja a Dios la carga de asegurar lo verídico de la aseveración que afirma la existencia del yo, le deja al Otro la carga del que se supone su consentimiento, el que no casualmente en la tradición judeo-cristiana puede proferir «soy el que soy».

Sin embargo, si el momento del *cogito* es señalado por Lacan como paso inaugural hacia el discurso de la ciencia, es en tanto operación que toca la esencia misma del lenguaje, por la institución del sujeto de la certeza como algo separado, que no se incluye en el Otro.

A partir de la instauración del yo como ser que piensa, quedan sentadas las bases «de una ciencia en la que Dios no tiene nada que ver».

Pero el punto de arranque de Descartes no es la ciencia sino su propia certeza. No se trata de refutar saberes inciertos sino de la

16 J. Lacan, *Seminario XI...*, p. 232.

17 Para el Psicoanálisis esta operación es de extraordinaria importancia dado que presenta en el corazón de la búsqueda del sujeto la dimensión de la verdad en su división respecto al saber.

invención de un método. No es una posición escéptica sino el afianzamiento de un modo de operar en la «res extensa» que le permite librarse del Otro como Supuesto Saber¹⁸.

Al dejar de lado «por una ventajosa operación» el problema de la causa en manos de Dios, se afianza el discurso de la ciencia que en cuanto a «la verdad como causa no —querría— saber nada»¹⁹.

El sujeto como tal queda excluido del discurso de la ciencia y si el Psicoanálisis lo retoma, no debemos entenderlo como introducción de la «subjetividad» o «psicología» del científico. Se trata, dirá Lacan, de que «lo rechazado en lo simbólico retorna en lo real».

La cuestión del sujeto es ésa, lo real del sujeto entendido como efecto del discurso de la ciencia.

El sabio que hace la ciencia no está en este sentido en menor apuro que los demás. El es también su sujeto, es decir, en una misma ignorancia respecto a la determinación que sobre él ejerce el lenguaje que trabaja.

¿Cómo surge este enigmático ser en lo real, rechazado por la operación cartesiana que lo condicionaba a no ser más que un punto de desvanecimiento?

El Psicoanálisis nos lo revela: como síntoma. Si el científico opera en lo real a partir de lo simbólico en la medida en que sus operaciones son de lenguaje escribe lo real, es por lo tanto condición misma del desarrollo de ese saber, la exclusión del sujeto como tal, del sujeto de la palabra (aunque hay que decir que esa exclusión no puede ser absoluta: hay conexión entre la escritura y la demostración que siempre se realiza en un discurso).

El Psicoanálisis opera en el campo de la palabra en la medida en que el sujeto padece del pensamiento y del cuerpo. Lo real del sujeto se impone como síntoma, como lo que no anda en lo real. ¿Cuál es la causa del síntoma?

Por medio del artificio de la transferencia en el dispositivo del análisis se reinstaura la dimensión del Otro como lugar de la palabra,

18 Su método afecta al orden mismo de las operaciones: «la distinción del ordinal y el cardinal hace que por ejemplo: $1 + (1 + (1 + (1 + (...)))$) ya que cada vez que se introduce un nuevo término uno o varios pueden escurrirse de las manos para llegar a cuatro no importa el cardinal, importa el ordinal. Hay que hacer una primera operación mental, luego una segunda, luego una tercera y luego una cuarta. Si no se hacen en este orden, las operaciones fallan. Saber si, a fin de cuentas, da dos, cuatro, o tres, es relativamente secundario. «Es asunto de Dios». El otro elemento importante del método cartesiano se refiere a la introducción de su álgebra. Al operar con letras minúsculas abre un campo de operaciones simbólicas en lo real, de escritura de lo real que se separa del campo del número «que implica la presencia del Otro» (*Seminario XI*).

19 J. Lacan, *La ciencia y la verdad...*, p. 853.

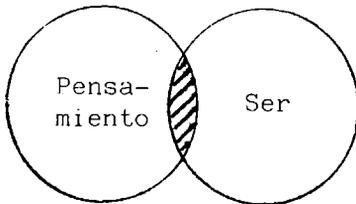
para posibilitar el despliegue del «ser-de verdad» del sujeto que es el síntoma y que queda excluido por la operación cartesiana.

De la operación analítica resulta un saber, pero que no logra recubrir la verdad del síntoma: algo falta en el saber y es allí donde el sujeto debe alojar su certeza de su ser, esta vez freudiana y no cartesiana.

«*Desidero es el cogito freudiano*»²⁰. En efecto, en Freud se trata del sujeto determinado por un deseo Inconsciente que él desconoce y que se impone sin embargo como condición absoluta.

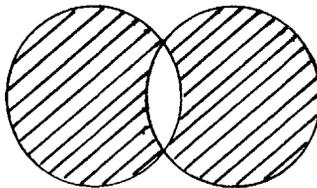
EL ANTI-COGITO: SUJETO DEL INCONSCIENTE

Lacan realiza una operación en base al *cogito* cartesiano, tratándolo a partir de la lógica de conjuntos. La conjunción de pensamiento y ser en Descartes da un campo de intersección donde habíamos ubicado el sujeto de la certeza.



$P \cap S$

Aplicando las leyes de Morgan, la negación de la intersección da como resultado la unión de los complementarios, o sea

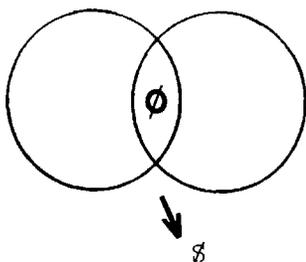


$\overline{P} \cup \overline{S}$

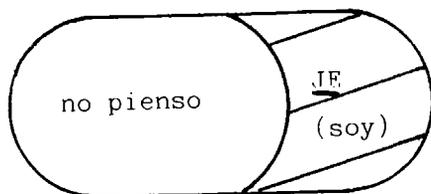
20 J. Lacan, *Seminario XI...*, p. 160.

Es decir, «no pienso, no soy».

La primera operación, de conjunción, nos daba la afirmación del sujeto puntual y evanescente del *cogito*. En el lugar de la intersección quedaba el producto de la eliminación de todo pensamiento, por ser dudoso y del rechazo de la cuestión del ser como tal: se trataba entonces de un conjunto vacío, perteneciente como tal a ambos conjuntos



Mediante la negación de la intersección Lacan propone la verdad del *cogito* y ubica en lo que denomina alineación, en el *vel* alineante del «no pienso, no soy» la base de lo que debe operarse como «elección forzada». No se pueden escoger ambos elementos, es preciso elegir y en ello se opera inevitablemente una pérdida, en este caso pérdida de la verdad del ser del sujeto del Inconsciente. La afirmación del ser del *cógitto*, entendida como afirmación del ser del yo (JE) del discurso da entonces:



Tiene como consecuencia el rechazo del «no soy» del Inconsciente (donde nadie puede proferir yo soy), y es verificable en el momento en que éste irrumpe, por ejemplo en el lapsus «no quise decir eso»²¹. Mediante la elección forzada del «no pienso, soy», el sujeto se afianza como de su ser operándose la represión del Inconsciente que le permite ignorar la determinación que ejerce sobre él el lenguaje²². Sin embargo ese ser del yo en cuanto ser que se apoya en el discurso

21 El Inconsciente es la suma de los efectos de la palabra en el sujeto (ibídem).

22 Lo que resulta de la operación de represión «no quiero saber nada de eso, no soy eso».

queda en esa misma operación mermado en su ilusoria unidad por lo que Freud llamó Ello y que no debe entenderse de ninguna manera como un no-yo que completaría imaginariamente el yo sino como el resto de la estructura gramatical; con cuya incidencia se produce una disminución del ilusorio poderío del yo del discurso. La estructura gramatical impone su determinación, es decir, se presenta como inmodificable, aún para el que se toma más libertades con el léxico, el delirante ²³.

Precisamente Freud sitúa el trabajo de las pulsiones en su articulación gramatical ²⁴ cuyo producto es un estatuto del ser, una dimensión del sujeto cuya expresión máxima se presenta como una frase de valor axiomático «Pegan a un niño» no enunciable como tal por ningún yo (JE) pero cuya construcción produce la determinación de un «ser pegado», que organiza el sentido de la existencia del sujeto. Es decir, es la matriz de sus síntomas y de sus elecciones amorosas, en síntesis, de su vida.

La pulsión no piensa, es acéfala según la expresión de Lacan, pero se articula en forma muda en la gramática y trabaja en forma constante (Freud).

Por otro lado, el «falso-ser» del *cogito*, producto de la elección forzada se ve sorprendido por el pensamiento Inconsciente, es decir, por lo que quedó rechazado, reprimido en el mismo hecho de la elección.

Debido a la distinción sujeto del Enunciado/sujeto de la enunciación, cada vez que hablo, que enuncio, estoy sujeto no sólo a la decadencia de la verdad sino también a los cortes, a los traspies de mi discurso. No sólo eso, compruebo que en mi pensamiento surgen otros pensamientos de los que no sé dónde ubicar su origen ni cómo fingir que los organizo. Algo viene a negar mi ser-pensante, un vacío irrumpe en mi cogitación y divide el yo (lo que ubicamos como conjunto vacío de la intersección).

Allí, en ese lugar Freud postula el Inconsciente como una dimensión subjetiva que se revela por no ser pensada por mí pero que no tiene otra lógica que la del pensamiento mismo. Su efecto en el sujeto es de división, de verdad y de deseo: ¿*qué quiere decir* esto que piensa en mí sin que yo lo haya pensado? ²⁵.

La afirmación del ser del yo se anuda entonces, en una especie de eclipse al Inconsciente y al Ello.

23 J. Alain-Miller, *Seminario «1, 2, 3, 4»*. Inédito.

24 S. Freud, '¿Las pulsiones y sus destinos?', en *Obras Completas*, e.c., vol. XIV.

25 El efecto último del significante en el sujeto es de deseo. En tanto los significantes se articulan en la demanda, en lo que se dice, queda siempre un resto imposible de decir, el deseo que justamente por introducirse como imposible de decir es «indestructible».

En el Psicoanálisis el sujeto hace la elección que había quedado rechazada, es la experiencia del «no soy» del Inconsciente: la lección del pensamiento al precio del ser. A partir del consentimiento en esta elección la verdad del sujeto aparece en la determinación que sobre él ejerce el significante en el Inconsciente, del cual el sujeto en sí mismo es efecto o significación. Allí, en esa emergencia puntual y evanescente el sujeto encuentra su lugar y puede acomodarse a su verdad ¿en qué sentido? En que la pérdida de su ser, su división subjetiva se articula sin embargo como deseo en la metonimia de su falta-en-ser.

Este proceso podría llevar a una infinitización del análisis. Pero existe la otra dimensión subjetiva, situable en el Ello, en lo producido por las pulsiones que viene a recubrir esa falta en ser y a la que sólo se accede a partir del despliegue del no-ser del Inconsciente.

Esa dimensión real del ser se presenta de manera opaca en el síntoma y revela en el análisis su verdad: el ser del sujeto en su estatus de objeto, de desecho. Ese ser fue llamado por Lacan objeto a y su conjunción con el sujeto determinado como efecto del Inconsciente, como pura división o falta en ser (\$) da la fórmula del fantasma que Lacan escribe $\$ \diamond a$.

Esta es la matriz que organiza la existencia subjetiva. Por la operación del Psicoanálisis ese objeto en el que el sujeto se aseguraba del ser adviene en su verdadera dimensión de objeto perdido, causa del deseo, la que puede escribirse a $\rightarrow \$$. En el final del análisis, entonces, se trata de obtener por una alienación reforzada, una certeza respecto al deseo que permita una separación del Otro pero con unas consecuencias distintas al primer paso de Descartes. Se trata de una existencia coordinada al Inconsciente: separarse del Otro ²⁶ en donde se opera la indeterminación del pensamiento para acceder a la determinación del ser como ser de deseo, que no es otra cosa que el deseo del Otro.

PEQUEÑOS CARTESIANOS: LA INVESTIGACION SEXUAL INFANTIL

En *Tres ensayos para una teoría sexual*, en el apartado *El enigma de la esfinge* nos dice Freud: «No son intereses teóricos sino *prácticos* los que ponen en marcha la actividad investigadora en el niño. La ame-

26 El Otro como sujeto supuesto saber se produce por efecto de la transferencia, lugar del analista donde el sujeto dirige su palabra. Está a cargo del analista, por tanto, la interpretación, que permita el acceso a la incompletud del Otro: donde operar la separación para el advenimiento del ser del sujeto vinculado al deseo del Otro.

naza que para sus *condiciones de existencia* significa la llegada, conocida o barruntada de un nuevo niño y el miedo de que este acontecimiento lo prive de cuidados y amor, lo vuelven reflexivo y penetrante»²⁷.

El pensamiento, la investigación surgen como efecto de lo que Freud llama «el apremio de la vida», como si al pensar se le planteara la tarea de prevenir un suceso temido.

No hay entonces disposición natural al pensamiento, sino que éste surge como *respuesta* del niño ante algo que se ha encontrado y que amenaza su ser, su existencia.

El pensar surge como *defensa* ante un hecho inasimilable. Hasta ese momento el niño encontraba su lugar en el campo de la palabra, en el campo del Otro que le preexiste y le determina (A).

Se encontraba el infantil sujeto bajo el imperio del principio del placer en un «universo de discurso» donde nada faltaba. Pero entonces surge algo opaco, que se presenta como vacío, como irrepresentable, un encuentro traumático que podemos escribir *A* y cuyas consecuencias afectan al ser, ya que así podemos traducir la primera hipótesis de Freud, de que la génesis del trabajo del pensamiento se origina en la pregunta «¿De dónde vienen los niños?». Dicho de otra manera ¿de dónde viene un ser? que remite al sujeto: «¿qué soy ahí, en el lugar del Otro?»²⁸.

Este descubrimiento de una falta en el Otro es fundamental para la existencia subjetiva y Freud ordena las respuestas a ese enigma como «teorías sexuales infantiles». Dice «cada una contiene un fragmento de verdad y son análogas a las teorías «geniales» que los adultos intentan para problemas del universo cuya dificultad supera el intelecto humano»²⁹.

Lo que estas teorías infantiles tiene de correcto proviene de la pulsión sexual, de las «*objetivas necesidades* de la constitución psicosexual»³⁰. Se trata entonces de un elemento necesario e ineludible.

El niño demanda una respuesta a las personas encargadas de su crianza, que son hasta el momento la fuente del saber, representantes del Otro de la palabra y de la verdad (A). Pero eso necesariamente fracasa, se produce «un primer conflicto psíquico» entre las opiniones de la «autoridad»³¹ y las suyas propias por las que sienten «predilección pulsional».

27 El subrayado es nuestro.

28 J. Lacan, 'De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis', en *Escritos*, e.c., vol. II, p. 531.

29 S. Freud, 'Teorías sexuales infantiles', en *Obras Completas*, e. c. vol. IX, p. 192.

30 El subrayado es nuestro.

31 El niño se encuentra en el enigma del deseo del Otro en los intervalos del discurso «me dice esto pero ¿qué me quiere decir?».

Se produce entonces una separación del Otro que podríamos asimilar a la operación cartesiana, el niño sigue sus investigaciones en solitario, afirmándose un «yo soy en la realidad pensada» en donde hay una satisfacción en juego. Se trata pues, de un pensamiento satisfactorio, «libidinizado».

¿Cómo propone Freud este proceso? Nos dice «con el discernimiento de que el hijo crece en el vientre de la madre, *adquirido de manera autónoma*, estaría sobre el camino correcto para solucionar el primer problema en el que prueba su capacidad de pensar. Pero en ulteriores pasos es inhibido por *una ignorancia que no se deja sustituir y por falsas teorías que su propia sexualidad le impone*»³².

El niño discierne que el falo (el significante del ser) está en el Otro, es decir, el hijo como falo de la madre, el ser que se incluiría, que completaría al Otro.

Pero «que el falo sea un significante es algo que impone que sea en el lugar del Otro donde el sujeto tenga acceso a él, pero como ese significante no está allí sino velado y como razón del deseo del Otro, es ese deseo del Otro como tal lo que al sujeto se le impone reconocer, es decir, el otro en cuanto que es el mismo sujeto dividido de la *spaltung* significante»³³.

La ignorancia insustitutable de la que habla Freud es justamente la de la castración del Otro, la del deseo del Otro³⁴. Esta ignorancia condiciona la labor del pensamiento mismo, como impotencia del saber que el niño intenta recubrir con «teorías».

Se trata entonces de un desconocimiento fundamental que el pensamiento hace posible con el agregado de que incluye un elemento pulsional. Para «no saber nada» del deseo del Otro que es una falta, un enigma, el niño avanza en la elaboración teórica.

En el texto *Teorías sexuales infantiles* Freud no propone ningún modo de resolución de esa prueba del deseo del Otro. El resultado de la operación se resume como una impotencia del pensamiento. «El carácter infructuoso de ese empeño de pensamiento contribuye a la *desestimación y al olvido*. Este cavilar y dudar se volverá arquetípico para todo el trabajo posterior del pensar en torno a problemas y el primer fracaso ejercerá para siempre un efecto paralizante»³⁵.

Respecto a las teorías, Freud propone tres e interesa ver la modificación introducida en la *primera* en textos posteriores a 1920. *Esta*

32 S. Freud, *Teorías sexuales infantiles...*, p. 192.

33 J. Lacan, *La significación del falo...*, p. 673.

34 Esa prueba del deseo del Otro, la clínica nos muestra que no es decisiva en cuanto que el sujeto se entera en ella de si él mismo tiene o no tiene un falo real, sino en cuanto se entera de que la madre no lo tiene. Vid. J. Lacan, *La significación del falo...*, p. 673.

35 S. Freud, *Teorías sexuales infantiles...*, p. 195.

consiste en atribuir el pene a todos los seres humanos. El niño se ejercita en el mundo simbólico donde todo son diferencias y pueden ser reducidas a la presencia y la ausencia. Esto le permite, contra toda evidencia de la percepción, afirmar su creencia de que las mujeres tienen pene con el subterfugio de «es pequeño, ya le crecerá».

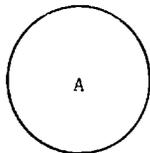
Contemporáneo a este trabajo de pensar algo sucede en el cuerpo, la excitación del pene o clítoris que *no se enlaza al principio a ninguna representación*.

Esta excitación podría llevarle a la solución correcta si pudiera seguir esa argumentación: que el niño crezca en el vientre de la madre no es explicación suficiente. ¿Cómo llega ahí? Es probable que el padre tenga algo que ver, él declara que el hijo también es hijo suyo. Por otro lado el pene debe haber tenido alguna participación como lo atestigua la coexcitación a raíz del trabajo de pensamiento.

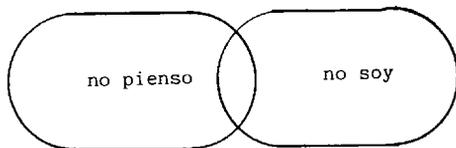
Pero cuando podría estar en el camino de la solución, la investigación se interrumpe. La obstaculiza la teoría de que la madre posee un pene. Su ignorancia de la castración de la madre posibilita convencerse de la *segunda teoría*: el nacimiento como deposición, el ser asimilado al excremento, en la llamada «teoría de la cloaca». Por otro lado y como retorno de un oscuro impulso a la crueldad que se asociaba a la excitación del pene surge una representación, la *teoría sádica*³⁶ del coito con la que el niño «se explica» la satisfacción del Otro, como una respuesta a la pregunta suscitada del deseo del Otro.

Con la ayuda de los círculos de Euler podemos representar la puesta en marcha del pensamiento de la siguiente manera:

- 1) El ser alojado en el discurso del Otro.

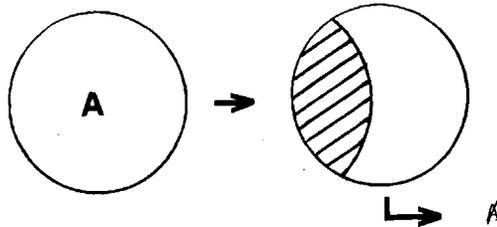


- 2) Se produce el encuentro con la falta del Otro que impulsa la pregunta por el ser (A). Situamos aquí la verdad de la alienación como oscilación del no pienso, no soy

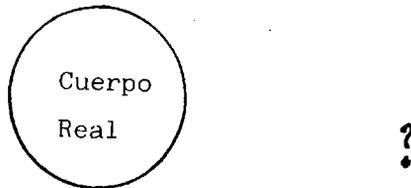


³⁶ La teoría sádica del coito será considerada una de las «fantasías primordiales» por Freud: 'Consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos', en *Obras Completas*, e. c.

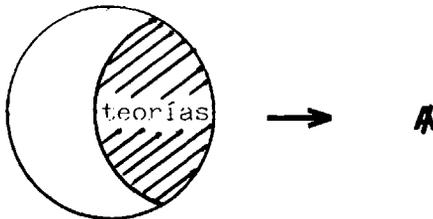
3) El niño se dirige al Otro, pero no encuentra allí una respuesta. Ese campo queda marcado por una falta



Por otro lado, en el cuerpo ha surgido una satisfacción pulsional.



4) En el lugar de la falta del Otro se alojan entonces las teorías sexuales infantiles en las que queda incluido un elemento proveniente de la pulsión.



Con ello el niño se forma un pensamiento «propio» libidinizado, que permanecerá inconsciente luego debido al llamado «fracaso típico» de la investigación sexual infantil. El proceso es olvidado por la acción de la represión; se opera la elección forzada «yo soy, no pienso» que posibilita la institución del sujeto del conocimiento. Así se hace posible el aprendizaje durante el «período de latencia».

La justa apreciación de este recorrido del sujeto «es indispensable para la comprensión de las neurosis mismas, en las cuales las teo-

rías infantiles conservan vigencia y cobran un influjo que llegan a comandar la formación de los síntomas»³⁷.

NUEVA HIPOTESIS DE FREUD

En su texto *La organización genital infantil* Freud no propone la adjudicación del pene a todos los seres humanos hecha por el niño como «teoría» sino más bien como una premisa lógica del pensamiento, es decir, es imposible que no haya falo. La investigación sexual infantil surge bajo el primado del falo, no como pregunta directa por el origen del ser. Aunque ésta pueda plantearse lo fundamental está orientado por la pregunta por el goce, o sea por una satisfacción extraña que ha irrumpido en el ser hablante. «Esa parte del cuerpo que se excita con facilidad, parte cambiante y tan rica en sensaciones, ocupa un alto grado de interés del niño y de continuo plantea nuevas tareas a la investigación. Querría verlo también en otras personas para compararlo con el suyo, se comporta como si barruntara que ese miembro podría y debería ser más grande».

El niño entonces comprueba la existencia del falo como significante de la ausencia que le permite a su vez situar su existencia como dependiente del mismo: el significante introduce la diferencia, en este caso mayor y menor³⁸, en el paso siguiente, castrado, no castrado.

«En el curso de estas indagaciones el niño llega a descubrir que el pene no es patrimonio común a todos los seres semejantes a él. La reacción del niño es *desconocer* esa falta, *creen* ver el miembro a pesar de todo. Después llegan a la conclusión *afectivamente sustantiva* de que sin duda estuvo presente y fue removido después»³⁹.

Lo fundamental será entonces el acceso a la significación de la castración, conclusión «afectivamente sustantiva» que requiere una operación peculiar y tiene incidencias particulares a cada sujeto, en su pensamiento y en su ser.

El niño niega la castración de la mujer y «es un obstáculo para ello el supuesto de que la falta de pene es consecuencia de la castración a modo de castigo».

37 S. Freud, *Teorías sexuales infantiles...*, p. 189.

38 El significante juega y gana, el sujeto no puede rivalizar con él sino al precio de la impotencia.

39 S. Freud, 'La organización genital infantil', en *Obras Completas*, e. c., vol. XVIII, p. 20.

En este punto adviene justamente la significatividad propia del complejo de castración, pero, como vemos, se presenta ya como «interpretación de la castración», es decir, confiriéndole un sentido de castigo a la falta, que será la génesis de la moral y la culpabilidad. Con esta base se sigue desconociendo la esencia de la castración como falta radical de goce en el Otro ya que la adjudica sólo a seres despreciables o culpables.

Si a ello se le agregan las «teorías» nunca se alcanza a verificar la justa incidencia de la castración.

EL VACIO CENTRAL DEL CAMPO FREUDIANO

El complejo de castración es el resorte mayor de la subversión del sujeto en la dialéctica del deseo, «...propriadamente desconocido hasta Freud, que lo introdujo en la formación del deseo, el complejo de castración no puede ser ya ignorado por ningún pensamiento sobre el sujeto»⁴⁰.

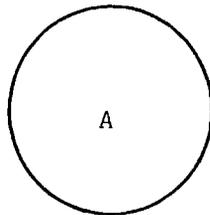
Se trata pues, de situar en la lógica de la estructura, la falta cuya incidencia se presenta en primer lugar como impensable, es decir, imposible (A).

Justamente Freud nos dice que el complejo de Edipo, es decir, el deseo ligado a los objetos incestuosos, fracasa en razón de una «imposibilidad interna».

Podemos representarlo de la siguiente manera:

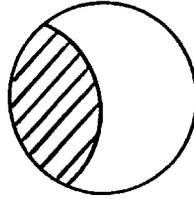


El goce del cuerpo como un enigma por un lado y por otro, en el campo del pensamiento, se instaura la premisa universal del falo, contemporánea al Edipo.



⁴⁰ J. Lacan, 'Subversión del sujeto y dialéctica del deseo', en *Escritos, e.c.*, vol. II, p. 803.

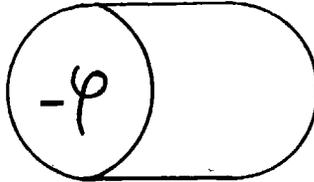
Al intentar alojar el goce del cuerpo en el Otro, se encuentra con una imposibilidad, una falta en el saber: surge el enigma del deseo del Otro.



A

Entonces emerge una oscilación, un intento de conservar la satisfacción autoerótica. Lo que Freud llama conflicto entre el narcisismo y la elección de los objetos parentales (Edipo).

Por fin, ese goce queda marcado por esa falta ($-\varphi$), como una satisfacción prohibida.



El goce no se puede alojar en el deseo del Otro.

Esa falta se «interpreta», se le da un sentido que se inscribe como tal para el sujeto como sentimiento de culpabilidad ⁴¹ y como impotencia: «El florecimiento de la vida sexual infantil estaba destinado a sepultarse porque sus deseos eran inconciliables con la realidad y por la insuficiencia de la etapa evolutiva en que se hallaba el niño. Ese florecimiento se fue a pique a raíz de las más penosas oca-

⁴¹ Esa castración es interpretada como prohibición y se asocia por tanto al temor al castigo. Con ello la operación queda referida al padre como agente de la ley y es la base de la moralidad.

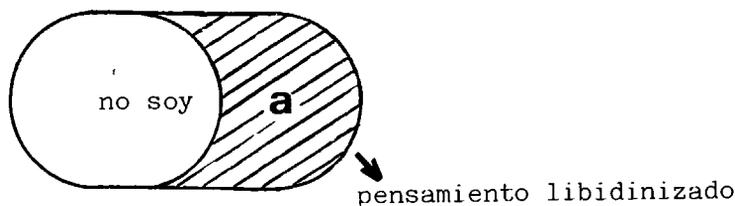
siones y en medio de sensaciones hondamente dolorosas. La pérdida de amor y el fracaso dejaron como secuela un daño permanente del sentimiento de sí, en calidad de cicatriz narcisista. La investigación sexual, que chocó con la barrera del desarrollo corporal del niño no obtuvo conclusión satisfactoria, de ahí la queja posterior «no puedo lograr nada, nada me sale bien»⁴².

El fracaso es condición de la represión y su resultado la inscripción de la falta como fálica en el Inconsciente «revelando del falo mismo que no es nada más que ese punto de falta que indica en el sujeto»⁴³.

Adviene, pues, la elección forzada del «soy, no pienso».



El proceso en su conjunto se olvida pero el saldo es la división del sujeto que se completa como «yo fuerte»⁴⁴ en tanto se agrega el objeto producido por la acción de la pulsión en el Ello. El residuo corporal (a) se incluye en la realidad pensada, como afirmación del ser que piensa. El Inconsciente se reprime (no soy).



Ese objeto que se organiza en el fantasma se conforma como matriz de la existencia que da consistencia al ser, reducido sino a la pura evanescencia.

La significación del falo condiciona a la sexualidad humana a girar en torno a este significante. El goce queda sometido a la incidencia del significante fálico.

42 S. Freud, 'Más allá del placer', en *Obras Completas*, e.c., vol. XVIII, p. 20.

43 J. Lacan, *La ciencia y la verdad...*

44 Esa castración imaginaria el neurótico la ha sufrido en el punto de partida, es ella la que sostiene ese yo fuerte...», J. Lacan, *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo*.

De este modo, «el proceso en su conjunto salvó los genitales, alejó de ellos el peligro de la pérdida y además los paralizó, canceló su función»⁴⁵. Con esto se inicia el período de latencia que viene a interrumpir el desarrollo sexual del niño. Este período es calificado como tal de «represión», de olvido, y sus consecuencias particulares, tanto para el hombre como para la mujer, quedan por tanto inscritas en el Inconsciente. El sujeto sólo advierte sus efectos en el retorno de la repetición donde aparece el fracaso de la mencionada elección forzada por el surgimiento del síntoma.

La polaridad del sexo queda inscrita como castrado - no castrado⁴⁶ y «tal vez represente por sí misma el fracaso del lenguaje»⁴⁷.

El deseo humano sólo es situable a partir de este vacío que impone «el complejo de castración». Debemos ordenar a partir de esta estructura las paradojas de sus efectos y justamente en cuanto ese deseo se sexualiza «por la impotencia del lenguaje para dar razón del sexo»⁴⁸.

Se trata de un defecto de estructura, no de impotencia ni culpabilidad del sujeto, sino de lo irrepresentable en la estructura misma del lenguaje. No es sin embargo ningún «inefable», el sujeto toma este defecto a su cargo y el vacío es recubierto en lo imaginario por la acción del objeto pulsional que se figura en el fantasma (en la realidad psíquica).

Así pueden ordenarse de otra manera los «impasses» de la subjetividad moderna.

PARA CONCLUIR

Las soluciones al imperativo estructural que impone la castración son diversas y son verificadas por el sujeto en su pensamiento y en su ser; en definitiva, afecta a todos los aspectos de su existencia. Una de estas respuestas es la neurosis, en la que se produce desde el *no - poder - pensar*, el fracaso absoluto de la investigación, característico de la inhibición neurótica, al *no - poder - dejar - de pensar* que se impone como pensamiento obsesivo condenado, por la erotización propia de la rumiación mental, a la cavilación y la duda.

45 S. Freud, 'El sepultamiento del complejo de Edipo', en *Obras Completas*, e.c., vol. XIX.

46 El falo sin embargo no logra inscribir todo el goce. Hay un goce que escapa al falo. Freud lo llama «desconocimiento de la vagina» y Lacan lo ubica como imposibilidad de escribir la relación sexual, dado que no hay significante de la Mujer. En términos freudianos, la libido es masculina por estar sometida al significante fálico.

47 J. Lacan, *Breve discurso...*, p. 40.

48 Idem., p. 41.

Las consecuencias sintomáticas del desconocimiento del complejo de castración no se hacen sentir menos en el cuerpo, como lo testimonia la histeria en los llamados «síntomas de conversión».

Asimismo, se multiplican las dificultades de la vida amorosa, donde las elecciones quedan signadas por la degradación del objeto o por una idealización extrema donde el sujeto se entrega, con una vocación sacrificial y masoquista, a un amor señalado por la imposibilidad y la decepción.

No menos complicada es la vida cotidiana, plagada de rituales insensatos o, como nos muestra la fobia, de una «organización básica» del mundo ordenada en torno al miedo.

El análisis exhaustivo de la lógica que sustenta estos y otros fenómenos excede los límites de este estudio. Lo que sí podemos decir es que todos ellos revelan una impotencia subjetiva que hace particularmente difícil la vida, la acción, el amor, la satisfacción. Cuando alguien no se habitúa de buena gana a ese real, cuando alguien quiere cambiar esas condiciones que plagan la vida de dificultades prácticas es posible la elección del Psicoanálisis. Como consecuencia del fracaso de la elección forzada del ser en el mantenimiento de la existencia y bajo el acicate de un nuevo apremio de la vida un «No sé» relativo a la verdad opaca del síntoma abre las puertas del Psicoanálisis donde puede advenir un saber sobre lo que lo causa.

Para ello es necesario un franqueamiento, un cambio en la disposición natural del sujeto que se resume en no pensar el Inconsciente. El Psicoanálisis abre la vía del pensamiento Inconsciente, donde un saber sobre la castración pone, por fin, término a las «teorías» que recubren ese vacío y que demuestran ser tan ineficaces.

La operación analítica conduce por la vía del «yo pienso, no soy» a ese imposible, a lo que Freud llamó «incurable» del complejo de castración.

Una nueva alienación se impone, pero esta vez como resultado de una existencia coordinada al Inconsciente. «El psicoanalizante es aquel que llega a realizar como alienación su yo (*JÉ*) pienso, es decir, a descubrir el fantasma como motor de la realidad psíquica...»⁴⁹.

En la experiencia del Psicoanálisis el sujeto puede encontrar su certeza, un «No soy sino eso» donde afirmar su ser de deseo.

VILMA COCCOZ

49 J. Lacan, 'Del psicoanálisis y sus relaciones con la realidad', en *Intervenciones y textos* (véase nuestra nota 10), vol. II, p. 53.